
TOM WOLFE

EN EL PAÍS DE LOS MARXISTAS ROCOCÓ

O POR QUÉ NADIE ESTÁ CELEBRANDO EL SIGLO II DE LOS ESTADOS UNIDOS

El autor de La hoguera de las vanidades y Todo un hombre analiza en este ensayo, con la ironía y penetración con la que construye sus novelas, la paradoja de que mientras Estados Unidos se afianza como el país más próspero y libre de la historia, sus intelectuales y su academia se empeñan, con el puro sustento de la ideología, en demostrar lo contrario.

¿DÓNDE ANDABA YO?, ¿EN OTRA PÁGINA?, ¿EN EL CANAL QUE NO ERA?, ¿fuera de onda? Mientras los encargados de los edificios, aquí en Nueva York, cerraban los elevadores a las 11:30 de la noche, el 31 de diciembre de 1999, para que los ciudadanos no quedaran atrapados entre pisos debido al error de 2000 —y los pirotécnicos autorizados hacían estallar fuegos

artificiales permitidos por el Organismo de Protección al Medio Ambiente desde los lugares de reunión de Central Park exactamente a las 12:00:01 AM del 1 de enero de 2000 para señalar la llegada del siglo XXI y el tercer milenio—, ¿se percató siquiera un único sabio solitario de que acababa de terminar el siglo I y se iniciaba el siglo II de los Estados Unidos?, ¿y de que bien podría haber otros cinco, seis u ocho por venir que dieran por resultado una Pax Americana milenaria? ¿O me perdí de algo?

¿Pero un solo historiador mencionó que hoy el alcance del dominio de los Estados Unidos en el mundo es tal que Alejandro Magno, convencido de que no quedaba más por conquistar, se pondría en cuatro patas a aporrear desesperado el suelo por no haber sido sino un guerrero y no haber sabido nunca de las fusiones y adquisiciones internacionales, del rock y el rap, del cine de efectos espectaculares, la televisión, la NBA, internet y el juego de la “globalización”?

¿Algún bardo hizo nada por escribir un himno maravilloso

—del tipo de “¡Gobierna, Gran Bretaña! ¡Gran Bretaña gobierna las olas! ¡Los britanos nunca serán esclavos!”, de James Thomson— para los Estados Unidos, la nación que en el siglo recién terminado había derrotado a dos fraternidades nacionalistas bárbaras, los nazis alemanes y los comunistas rusos, dos hordas de depredadores metódicos a la caza de esclavos, que hicieron a los hunos y magiares lucir juguetones en comparación? ¿O se me habían acabado las pilas del *discman*?

¿Se le ocurrió a nadie, superior o inferior, buscar a un Frédéric-Auguste Bartholdi para crear un nuevo tributo del orden de la Estatua de la Libertad, para el país que en el siglo XX, más aún que en el XIX, le abrió los brazos a personas de todo el planeta: vietnamitas, tailandeses, camboyanos, laosianos, hmong, etíopes, albaneses, senegaleses, guyaneses, eritreos, cubanos y a todos los demás, y aseguró que pudieran disfrutar plenamente de sus derechos civiles, incluso de los medios para adquirir poder político en una ciudad de las proporciones de Miami con

conseguir los votos suficientes? ¿Nadie, siquiera por nostalgia, anticipó semejante monumento a América, Refugio Internacional de la Democracia? ¿O se me había vencido la suscripción a *Flash Art*?

¿Acaso alguno de los programas especiales de fines de siglo de la red de televisión de los Estados Unidos tuvo la exuberancia del Aniversario de Diamante de la Reina Victoria en 1897? Sólo recuerdo rumores de que para bien o para mal... hmm, hmm... el macartismo, el racismo, Vietnam, las milicias de derechas, Oklahoma City, Heaven's Gate, Doctor Death... en general, hmm, no estamos por completo seguros... para bien o para mal, los Estados Unidos ganaron la Guerra Fría... hmm, hmm, hmm...

Tuve la impresión de que un siglo de los Estados Unidos pasó a otro con toda la pompa y circunstancia de un *mousepad*. El gran triunfo de los Estados Unidos inspiró todo el patriotismo y orgullo (o, si prefiere usted, chovinismo), todo el anhelo de gloria e imperio (o, si le gusta más, el espíritu del Destino Manifiesto), toda la música marcial de aniversario de un clic de *mouse*.

Esa impresión tuve, pero no fue sino eso, mi impresión. De modo que recurrí a las encuestas de la mítica opinión pública del Departamento de Comunicaciones de la Universidad de Michigan. Me enviaron los resultados de cuatro estudios, cada uno con un enfoque distinto. ¿Chovinismo?, ¿el espíritu del Destino Manifiesto? Según una encuesta, el 73 por ciento de los estadounidenses no quería que Estados Unidos interviniera en el extranjero sino en colaboración con otros países, supuestamente para no tener toda la responsabilidad. ¿Emocionante? Los estadounidenses no estaban resueltamente ni a favor ni en contra de la supremacía de su país. Les falta afectividad, como dirían los psicólogos clínicos.

Hubo profetas que se dieron cuenta aun en la cima desenfadadamente pomposa (22 de junio) del aniversario de 1897 de Inglaterra. Uno de ellos fue Rudyard Kipling, el poeta laureado de facto del imperio, que escribió un poema para el aniversario, *Himno*, que advertía: “¡Mirad, toda nuestra pompa de ayer/ Es una con Nínive y Tiro!” Él y muchos otros tenían la incómoda sensación de que los cimientos de la civilización europea ya se les estaban desplazando bajo los pies, sensación patente en la tan socorrida frase *fin-de-siècle*. Literalmente, claro está, no significa otra cosa que “fin de siglo”, pero connotaba algo moderno, asombroso y perturbador en Europa. Tanto Nietzsche como Marx elaboraron lo mejor de su obra en el intento de explicar este misterio. El término que utilizaron ambos fue “decadencia”.

Pero si había decadencia, ¿qué era lo que decaía? La fe religiosa y los códigos morales de toda la vida, afirmó Nietzsche, que en 1882 hizo aquella famosa declaración de la filosofía moderna, “Dios ha muerto”, y tres predicciones asombrosamente precisas para el siglo XX. Incluso calculó cuándo comenzarían a realizarse, alrededor de 1915: 1) La fe que antes los hombres invertían en Dios ahora la dedicarían a bárbaras “fraternidades con el propósito de robar y explotar a los ajenos a las mismas”,

cuyos nombres resultaron ser, llegado el momento, los nazis alemanes y los comunistas rusos; 2) Habría “guerras como nunca se han librado en la tierra”, que resultaron llamarse la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial; 3) Ya no existiría la Verdad, sino la “verdad”, entre comillas, según el menajurje de verdades eternas que los bárbaros modernos consideraran más útiles en cualquier momento dado. El resultado sería el escepticismo universal, el cinismo, la ironía, el desdén. La Primera Guerra Mundial se inició en 1914 y terminó en 1918. A continuación, como si Nietzsche todavía viviera para dirigir el drama, surgió una figura por completo nueva en Europa, con un nombre todo nuevo, esa encarnación del escepticismo, el cinismo, la ironía y el desprecio: el Intelectual.

La palabra “intelectual”, utilizada como sustantivo referente al “trabajador intelectual” que asume una posición política, no existía antes de utilizarla Georges Clemenceau en 1898 durante el caso Dreyfus, para felicitar a aquellos “intelectuales”, como Marcel Proust y Anatole France, que se habían unido al gran defensor de Dreyfus, Émile Zola. Éste era una variedad del todo novedosa de preeminencia política, un novelista popular. Su famoso *J'Accuse* se publicó en la primera página de un diario, *L'Aurore*, que tiró trescientos mil ejemplares, y contrató a cientos de vendedores extras de periódicos, que a media tarde prácticamente habían liquidado hasta el último ejemplar.

Inesperadamente, Zola y Clemenceau hicieron ascender a las comunes hormigas obreras del “trabajo intelectual puro” (concepto de Clemenceau): novelistas, dramaturgos, poetas, profesores de historia y literatura, toda esa industria artesanal de pobres almas que emborronan, emborronan y emborronan. Zola era un periodista extraordinario (o “documentador”, como se definía) que había devorado los detalles del caso Dreyfus al grado de estar tan enterado como cualquier juez, fiscal o empleado jurídico. Pero ese detalle inconveniente de la biografía de Zola se olvidó pronto. El nuevo héroe, el intelectual, no necesitaba abrumarse con la fastidiosa labor de informar o investigar. Para el caso, no hacía falta una formación particular, académica, ni bases filosóficas, o marcos teóricos, conocimiento de los acontecimientos académicos o científicos fuera de la clase de cosas que se pueden encontrar en la sección nueve del periódico del domingo. Lo único que se necesitaba era indignación por las autoridades establecidas y los tontos burgeses pujantes y ¡zaz!, se era un intelectual.

Desde el inicio mismo, la distinción de esta nueva criatura, el intelectual, que habría de jugar un papel tan enorme en la historia del siglo XX, fue inseparable de su imprescindible indignación, que lo elevó a un plano de superioridad moral. Una vez ahí, estaba en condiciones de mirar hacia abajo al resto de la humanidad. Y no le había costado esfuerzo alguno, intelectual o de ningún otro tipo. Como dijo años después Marshall McLuhan: “La indignación moral es una técnica utilizada para dotar de dignidad al idiota”. Si los intelectuales del siglo XX eran precisamente idiotas o no es discutible, pero es difícil oponerse a la definición que una vez le escuché a un diplomático

francés en una cena: “Un intelectual es una persona con conocimientos de una materia que sólo expresa su opinión sobre otros temas”.

Después de la Primera Guerra Mundial muchos escritores y académicos estadounidenses tuvieron oportunidad de ir a Europa por vez primera. Pudieron echarle un buen vistazo de cerca al Intelectual. Ese desdén, esa altiva indiferencia ante la plebe, esos largos dedos inmaculados de alabastro con los que señalaban los escombros de una civilización descompuesta, eran irresistibles. El único problema fue que cuando nuestros intelectuales neófitos volvieron a los Estados Unidos para asumir esa pose, no había escombros que señalar. Lejos de ser una civilización en ruinas, Estados Unidos había resurgido de la guerra como la nueva estrella que ocupaba el centro del escenario mundial. Lejos de exudar decadencia, Estados Unidos tenía el resplandor de un nuevo gigante: valiente, robusto, inocente y simple.

Pero los jóvenes escritores, formidablemente ebrios (como predijera Nietzsche) de escepticismo, cinismo, ironía y desprecio, no estaban dispuestos a dejar que esas... circunstancias... les estorbaran. Desde el inicio mismo fue conmovedor el afán de este primo campirano, el intelectual estadounidense, por alcanzar a su modelo europeo urbano, como sólo puede serlo el desvelo de un súbdito de las colonias. Esta imagen no se modificaría a todo lo largo del siglo XX (y hoy, cien años después, el sudoroso pequeño súbdito colonial sigue apresurándose a seguirle los pasos al... sahib). En el decenio de 1920 lo primero era alcanzar esa ironía de los intelectuales europeos respecto al “burgués”, ya iniciada desde hacía cuarenta años. H. L. Menckel, quizá el ensayista estadounidense más brillante del siglo XX, puso el ejemplo al acuñar la versión estadounidense de lo mismo con su concepto del *booboisie*. En la novela, la solución fue arrebatarle la cobija a nuestro campo lozano y entrañable, y decir: “¡Helo ahí!, ¡fíjense bien en lo que hay dentro!, ¡dense cuenta de lo podrido que está bajo la superficie!”, como hiciera Sinclair Lewis en *Main Street* y *Babbit* —gracias a las cuales fue el primer estadounidense en ganar el Premio Nobel de literatura— y Sherwood Anderson en *Winesburg, Ohio*. La especialidad de Anderson consistía en exhibir al hipócrita Estadounidense Medio como el rígidamente correcto, sexualmente retorcido predicador mirón. Creó un personaje típico y una trama típica que desde entonces otros han estado afanosamente ordenando en libros, la televisión y el cine, desde *Peyton Place* hasta *Belleza americana*.

La Gran Depresión del decenio de 1930 dio a nuestra versión de esta nueva estirpe, el intelectual, abundante material para indignarse saludablemente. Para variar, los Estados Unidos lucían terribles. Pero ni siquiera entonces la situación fue tan espléndidamente abyecta como en Europa, cuna del intelectual. Después de todo, Europa ahora ya tenía la Depresión y el fascismo. La solución fue lo que se convirtió en especialidad de nuestros intelectuales de las colonias: los adjetivos. ¿Europa tenía fascismo de verdad? Bueno, pues nosotros teníamos “fascismo

social”. ¿Y eso qué era? Así le pusieron los intelectuales de izquierda al New Deal de Roosevelt, cuyas reformas simplemente encubrían el fascismo, cuya noche oscura pronto descendería sobre los Estados Unidos.

“Fascismo” fue, en realidad, un concepto acuñado por los marxistas, que tomaron el nombre del partido italiano de Mussolini, los fascistas, y se lo aplicaron a los nazis de Hitler, encubriendo mañosamente que los nazis, como los defensores del marxismo, los comunistas soviéticos, eran socialistas revolucionarios. En realidad, “nazi” era (muy importunamente) la abreviación del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes. Los marxistas europeos lograron hacer pasar la idea de que el nazismo era el último jadeo brutal, decadente, del “capitalismo”. Pocos de sus primos estadounidenses de las colonias se hicieron marxistas doctrinarios, de catecismo taladrado, pero la mayoría pronto quedó envuelta en una tupida bruma marxista. La fantasía marxista de los “capitalistas” y la “burguesía” que oprimían a “las masas” —“el proletariado”— se afianzó aun entre los intelectuales antimarxistas. Antes del pacto nazi-soviético de 1939, el Partido Comunista de los Estados Unidos logró con gran éxito movilizar a los súbditos coloniales a favor de causas “antifascistas”, como la lucha de los republicanos contra el “fascista” de Franco en la Guerra Civil de España. El “antifascismo” se convirtió en el arma flamígera universal, útil para eliminar a quien fuera, en cualquier sitio. De ahí... al Everest de la Indignación de los intelectuales.

Después de la Segunda Guerra Mundial este ambiente mental condujo a una singular anomalía. Objetivamente, los Estados Unidos se convirtieron pronto en el país más poderoso, próspero y popular de todos los tiempos. Logramos el poder militar para hacer estallar en añicos el planeta entero sólo con dar la vuelta a un par de llaves del silo nuclear, pero también logramos la hazaña de ingeniería más asombrosa de toda la historia: romper las cadenas de la gravedad terrestre y llegar a la Luna. Y algo todavía más sorprendente. El país se convirtió en lo que los socialistas utópicos del siglo XIX, los sansimones y los fouriers, habían soñado: un El Dorado donde el trabajador medio disfrutara de libertad política, libertad personal, tuviera dinero y tiempo libre para desarrollar su potencial a su gusto. La situación llegó a tal grado que a veces uno no podía localizar al electricista o al técnico del aire acondicionado porque andaba en un crucero en el Caribe con su tercera esposa. Y en cuanto se aflojaron las restricciones de inmigración en el decenio de 1960, llegaron muchedumbres de todas partes, de todos colores, religiones, personas de África, Asia, América del Sur y el Caribe.

Pero nuestros intelectuales se emperraron. Igual que después de la Primera Guerra Mundial, se negaron a atenerse a... las circunstancias. Entrevieron El Dorado y produjeron los adjetivos más inspirados del siglo XX. El fascismo real y el genocidio se habían terminado después de la Segunda Guerra Mundial, pero los intelectuales utilizaron el caso Rosenberg, el caso Hiss, el macartismo —toda la cacería de brujas comunistas— y, sobre todo, la guerra de Vietnam para salir con... el “fascismo inci-

piente” (Herbert Marcuse, muy elogiado como marxista europeo *bona fide* de la “Escuela de Francfort”, que se había trasladado a nuestro país), el “fascismo preventivo” (Marcuse de nuevo), el “fascismo local” (Walter Lippmann), “al borde del” fascismo (Charles Reich), el “fascismo informal” (Philip Green), el “fascismo latente” (Dotson Rader), sin mencionar la frase más inspirada de todas: “genocidio cultural”. Genocidio cultural aludía a la negativa de las universidades de los Estados Unidos a tener una política de admisión abierta, para que los solicitantes de las minorías pudieran inscribirse sin necesidad de cumplir el requisito del promedio general mínimo aceptable ni presentar exámenes de admisión, así como otros instrumentos de la re-

realidad, era apenas otra escritora que se pasaba la vida anotándose en las reuniones de protesta y subiéndose pesadamente al podio, con el estorbo de su prosa, que llevaba pegada la calcomanía con la silla de ruedas válida en *Partisan Review*. Quizá estuviera excepcionalmente resuelta a ilustrar lo dicho por McLuhan sobre la indignación que dota de dignidad al idiota, pero fuera de eso, era la típica intelectual estadounidense de posguerra.

Después de todo, era por completo irrelevante tener una mínima idea de lo que se estuviera hablando. Cualquier académico o científico que sólo tuviera un conocimiento profundo de su ámbito de trabajo, no cumplía los requisitos para ser considerado un intelectual. El ejemplo principal era Noam Chomsky, brillante lingüista que por sí solo descubrió que el lenguaje es una estructura inscrita en el sistema ner-

vioso central mismo del *Homo sapiens*, teoría que los neurocientíficos, que entonces carecían de los medios para verificarla, han comenzado a corroborar apenas en fecha reciente. Pero Chomsky no fue considerado un intelectual antes de denunciar la guerra de Vietnam, algo de lo que casi no sabía nada, pero así se hizo merecedor de su nueva distinción.

Los intelectuales estadounidenses de la época del Fascismo con Adjetivos pasaron un año terrible en 1989. En junio, en Pekín, unos estudiantes chinos se rebelaron en contra del *ancien régime* maoísta, se enfrentaron a los tanques y sacaron a la Plaza de Tiananmen una estatua de yeso, la Diosa de la Democracia, que, con un brazo alzado al cielo, tenía un sospechoso parecido con la Estatua de la Libertad del puerto de Nueva York.

¿Quién entre los intelectuales hubiera sospechado que los disidentes chinos habían estado mirando a los Estados Unidos como modelo de libertad todo ese tiempo? Luego, el 9 de noviembre cayó el Muro de Berlín, y poco después se derrumbó la Unión Soviética y se desintegró su imperio de Europa del Este.

Qué lío, sin duda, no hay de otra. Así era requetedifícil dudar, adoptar una actitud cínica o de desdén, desde una posición marxista. El “capitalismo”, el “proletariado”, “las masas”, “los medios de producción”, la “izquierda infantil”, “la noche oscura del fascismo” y aun el “antifascismo”, todo esto de pronto sonaba, no tanto equivocado como... viejo... se dio por llamarlo “marxismo vulgar”, vulgar por... su falta de refinamiento. Lo importante no era admitir que uno se había equivocado en esencia. No había que dejar a nadie pensar que sólo porque habían



presión
fascista latente-
incipiente-al borde.

“Genocidio cultural” fue una frase inspirada, pero en el conjunto de esta *opéra bouffe* del fascismo, racismo y genocidio fascista-racista, la nota verdaderamente dominante la dio Susan Sontag. En un artículo publicado en 1967 en *Partisan Review*, titulado “¿Qué le pasa a los Estados Unidos?”, escribió: “La raza blanca es el cáncer de la historia humana; es la raza blanca, y sólo ella —con sus ideologías e inventos— la que erradica a las poblaciones autónomas dondequiera que se extienda, la que ha perturbado el equilibrio ecológico del planeta, la que hoy pone en peligro la existencia de la vida misma”.

¿La raza blanca es el cáncer de la historia humana? ¿Quién era esta mujer? ¿Quién y qué? ¿Una epidemióloga antropológica? ¿Una reconocida autoridad de la historia de las culturas de todo el mundo, capaz de elaborar una síntesis como la de Max Weber, Joachim Wach, sir James Frazer o Arnold Toynbee? En

triunfado los Estados Unidos, y nada más porque al abrir los archivos soviéticos habían salido algunas cosas lamentables, digo, ¡maldita sea!, parece que Hiss y los Rosenberg realmente eran agentes soviéticos, y aun la cacería de brujas, una de las bases de nuestro credo, ¡recontramaldición!, esos libros de Klehr y Haynes, de la serie de Yale sobre comunismo en los Estados Unidos, y Radosh y Weinstein, dejan muy claro que si bien Joe McCarthy era el despreciable embustero que siempre supimos que era, realmente entraron en el gobierno de los EE.UU. agentes soviéticos. ¡Yale!, ¡tan respetable!, ¿cómo podían darle el visto bueno a esos académicos renegados de derecha para que hicieran eso? Sin mencionar los archivos de la Guerra Civil española. Resulta que los republicanos llamaron en secreto a los soviéticos al comienzo mismo de las agresiones, y si hubieran ganado, ¡España hubiera sido el primer Estado títere de los soviéticos!

Y ahora Vietnam, nuestro otro fundamento, la más sagrada de nuestras causas, ¡de nuevo esos malditos archivos! ¿Cómo podía nadie ser tan pérfido para abrir nuestros registros secretos? ¡Hacen parecer que los soviéticos y los chinos, de acuerdo con los comunistas norvietnamitas, hubieran estado manipulando siempre al Viet Cong! ¡Hacen que la intervención de los Estados Unidos en Vietnam parezca una especie de cruzada idealista, cuyo único objetivo hubiera sido detener la violenta embestida de las hordas magiars comunistas en el sudeste asiático!

Lo principal es asegurarnos de que no utilicen esto para restar validez a la forma en que hemos ascendido a las cumbres olímpicas de la indiferencia desde hace siete decenios, del 11 de noviembre de 1918, final de la Primera Guerra Mundial, al 9 de noviembre de 1989, fecha en que cayó el Muro. Que los Estados Unidos hubieran ganado la Guerra Fría no lava las manchas de la Guerra Fría, ¿o sí? Ahí está de todas formas el diablo mismo, el bruto, Joe McCarthy, y Richard Nixon, y el Comité del Senado para las Actividades en contra de los Estados Unidos, y todos esos gracias a los cuales muchas personas de Hollywood y del mundo académico se quedaron sin trabajo, ¿no es así? ¿Y el racismo? El simple hecho de que las autoridades establecidas concedieran a todos los llamados derechos civiles y el derecho de voto no significa que se haya eliminado esa virulenta enfermedad peculiarmente estadounidense, ¿o sí? ¡Para nada!

Esta necesidad imperiosa de exhibir la falacia del “triumfalismo de los Estados Unidos” condujo a un momento cumbre en el año 2000. Desde hace once años, desde la Plaza de Tiananmen y la caída del Muro, personas del antiguo imperio de la Unión Soviética han estado buscando en los Estados Unidos los principios mismos de la vida en condiciones de libertad. Es asombroso el conocimiento que tienen los estudiantes universitarios de Europa del Este de la lucha de los Estados Unidos por la libertad de hace 225 años. En 1993, en Nueva York, conocí a un estudiante húngaro que se sabía de memoria los discursos del gran orador de la Guerra Civil de los Estados Unidos, Patrick Henry, y no sólo su célebre discurso “Dadme la libertad o dadme la muerte” de 1775, sino también



su discurso de la Ley del Sello de 1765, anterior a la Cámara de los Burgueses de Williamsburg. Podía repetirlo casi al pie de la letra:

- César tuvo a Bruto, Carlos I a Cromwell, y Jorge III...
- ¡Traición!, profirió el orador de la Cámara. ¡Traición!
- ...aprovechar el ejemplo —dijo Patrick Henry—. ¡Si esto fuera traición, aprovecharlo al máximo!

Jóvenes como él, de Europa del Este, donde escritores como Soljenitzin y Václav Havel eran los encargados mismos de conservar la flama de la libertad, han buscado naturalmente las figuras literarias de los Estados Unidos para enterarse de los grandes principios democráticos del país más libre del planeta. Pero, casi sin excepción, los escritores estadounidenses son... intelectuales. Si nuestro joven húngaro se aproximara a un intelectual de los Estados Unidos y le repitiera el discurso de Patrick Henry a propósito de la Ley del Sello, en respuesta sólo recibiría (como dice Thomas Mann) un profundo silencio.

¿A dónde más pueden dirigirse los millones de recién libe-

rados de la desaparecida tiranía soviética? Ay, salvo por algún raro padre católico valiente, el clero de los Estados Unidos ha perdido importancia para la opinión pública, a menos que se rindan a la tentación, como han hecho muchos, de volverse intelectuales.

Eso nos lleva a nuestros filósofos académicos, nuestras versiones del año 2000 de Immanuel Kant, John Stuart Mill y David Hume. Así llegamos a uno de los capítulos más selectos de la comedia humana. Hoy en día, en cualquier universidad importante de los Estados Unidos, un Kant, con toda su vacilación respecto a Dios, la libertad y la inmortalidad, o incluso un Hume, no sobrevivirían un año en la universidad, ni mucho menos se les contrataría para dar clases. Los departamentos de filosofía, historia, literatura inglesa y literatura comparada y, en muchas universidades, los de antropología, sociología y aun los departamentos de psicología, están divididos, como dice exquisitamente John L'Heureux (*The Handmaid of Desire*), entre Jóvenes Turcos y Necios. Casi todos los Necios son viejos, tienen entre 55 y 65 años, aunque pueden ser de cualquier edad, pueden tener 28 años o 58 por igual, basta pertenecer a esa minoría del cuerpo docente de la universidad que sigue creyendo en las viejas formas germánicas decimonónicas de la denominada actividad académica objetiva.

Hoy las facultades de humanidades son hormigueros de doctrinas abstrusas como el estructuralismo, el posestructuralismo, el posmodernismo, la deconstrucción, la teoría de la respuesta del lector, la de la cosificación... Los nombres varían, pero el texto de fondo siempre es el mismo: el marxismo puede estar muerto, y el proletariado resultó imposible. Todos andan en el mar con su tercera esposa. Pero se pueden encontrar nuevos proletariados de los cuales podamos ser benefactores: las mujeres, los no blancos, los sufridos blancos de segunda, los homosexuales, transexuales, perversos polimorfos, pornógrafos, prostitutas (sexoservidoras), los árboles de maderas duras, útiles para expresar nuestra indignación contra las autoridades establecidas y nuestra indiferencia ante sus secuaces burgueses, para mantener viva la llama del escepticismo, el cinismo, la ironía y el desdén. Esto no sería Marxismo Vulgar, sino... marxismo rococó, elegante como un Fragonard, solapado como un Watteau. No nos obsesionaremos demasiado por cuestiones políticas, que de todas formas nunca parecen funcionar bien. En cambio exponaremos las llamadas verdades de los secuaces, que los Necios cultivan ignorantemente, y deconstruiremos sus menjurges de autoengaño compuestos de verdades eternas. Demostraremos cómo las autoridades establecidas manipulan, con ponzoñosa eficiencia, el lenguaje mismo con que hablamos para encerrarnos en una panóptica invisible, como dijera el difunto "posestructuralista" francés Michel Foucault.

Foucault y otro francés, Jacques Derrida, son los grandes ídolos del marxismo rococó en los Estados Unidos. ¿Podía ser de otro modo? Hoy por hoy, como todo a lo largo del siglo XX, nuestros intelectuales siguen siendo sudorosos y pequeños pobladores de las colonias que trotan desesperadamente, tra-

tando de alcanzar; alcanzar el sistema de los ídolos de Francia, que consiste en la Teoría, la Teoría, la Teoría. En esta búsqueda, algunos pobladores de las colonias inevitablemente corren a mayor velocidad que otros, y actualmente conducen el rebaño de académicos: Stanley Fish y Judith Butler. Antes de caer el Muro, el arquetipo del intelectual de los Estados Unidos era un simple escritor que alegremente se izaba a la condición de intelectual. Desde la caída del Muro, el arquetipo del intelectual de los Estados Unidos es un académico que alegremente se ha rebajado a la condición de simple intelectual. Si los ya fantásticos poderes proféticos de Nietzsche hubieran tenido la especificidad suficiente para soñar a un par de personajes que representarían la deconstrucción de la Verdad, con *V* mayúscula, por él anticipada, hubiera soñado con Fish y Butler y los hubiera embutido en *Así habló Zaratustra*. Fish es un especialista en Milton, de 61 años de edad, doctorado en Yale, o un académico caduco especialista en Milton que llegó a la fama como jefe rococó del Departamento de Literatura Inglesa de la Universidad de Duke y hoy está en servicio en la Universidad de Illinois en Chicago, con 230 mil dólares anuales más beneficios (lo máximo en la academia), con el fin de reunir una cuadra de estrellas rococó para estudios paraproletarios, sin excluir, según afirma, el estudio de "las partes del cuerpo, las funciones excretorias, el comercio sexual, consoladores, bisexualidad, travestismo y pornografía lesbiana". Fish dice esas cosas con gusto swiftiano, paladeando la inevitable alarma consiguiente. Entre la generalidad de los rococó de las colonias, Fish gasta una imagen de brío sin par, en su jaguar verde, una larga bufanda enrollada al cuello, *à la Théophile Gautier*. En su lascivia y travieso fulgor, difiere acentuadamente de las cuadrillas estafalarias de deconstrucción que lo siguen. Sí, se pone el suéter sin camisa visible debajo, no obstante, así como casi todos los Jóvenes Turcos, hombres y mujeres, lucen una especie de indumentaria de la Generación X: sudaderas, camisetas, vaqueros, zapatos tenis, trajes todos negros al estilo de los Artistas Jóvenes, con el propósito de ir más informal y más juvenil que los Necios, que siguen estancados en la moda de profesor con traje de tweed.

En el nivel teórico, Fish es más conocido por su "teoría de la respuesta del lector", según la cual los textos literarios no significan nada en sí mismos, el significado no es sino una elaboración mental urdida por el lector. Hay apenas un paso de este postulado a afirmar que las autoridades establecidas se han dado un festín atiborrando la lengua con terminología calculada para obligarlo a uno a urdir las elaboraciones mentales que ellos quieren que fragüemos para manipularnos la mente. ¿Se me permite ofrecer un ejemplo insigne y quizá conocido, pero claro? Recientemente me encontré en una de nuestras principales universidades a una mujer que impartía un curso de Teoría Feminista y reprochaba a sus estudiantes si en un examen o un trabajo ponían *women* como plural de la especie. Insistía en que se pusiera *womyn*, ya que las autoridades establecidas, en algún momento perdido en la bruma del pasado, habían integrado la primacía masculina en la lengua misma al hacer que la palabra

women fuera 60 por ciento men. ¿Cómo reaccionaban los estudiantes? Se encogían de hombros. Han aprendido desde hace mucho tiempo lo fútil de oponerse al marxismo rococó. Simplemente ponen *womyn* y siguen afanándose en conseguir el crédito de ese curso.

Un estudiante me dijo que el único problema era que al redactar sus trabajos en la computadora, utilizaba el corrector ortográfico y cundía el caos. “Salen esas rayas rojas onduladas por toda la pantalla debajo de *womyn*. Esa palabra no viene en el diccionario del corrector –luego encogió los hombros–, al menos no viene en el mío”.

La reina indiscutible de la teoría feminista es Judith Butler, especialista en Hegel doctorada en Yale (como Fish), de 44 años de edad y también conocida como la diva de los *Queer Studies*. Es pequeña y de aspecto no muy agradable, pero los universitarios de todo el país dicen “diva” apenas se menciona su nombre. Un grupo de ellos organizó una revista de sus seguidores llamada *Judy!*, dedicada a informar cómo ella hace entender su concepto de *performativity* sobre el habla y el comportamiento sexual como formas de anarquía.

“Todos los roles de género son una imitación que carece de original”, reza su célebre paradoja. Es más famosa todavía por su intrincada *Theoryese*. En 1998, la revista *Philosophy and Literature* la nombró ganadora de su Concurso de Mala Escritura por una oración que comenzaba: “El avance de una explicación estructuralista en la que se entiende que el capital estructura las relaciones sociales en formas relativamente homólogas a un panorama de la hegemonía en el que las relaciones de poder están sujetas a repetición, convergencia y reformulación...”, y seguía durante otras 59 palabras más o menos. Sus seguidores de las *zine* adoran la forma desenfadada pero erudita con que rechaza esos ataques: “La ponderosidad –dice refiriéndose a Hegel– es parte del reto fenomenológico de este texto”.

Pero la contienda entre los Necios y los Jóvenes Turcos ha superado toda descripción posible. En 1987 los tradicionalistas formaron una organización de autodefensa llamada Asociación Nacional de Académicos; se unieron mil. En una declaración pública, Fish, que estaba por entonces en Duke, los etiquetó con la palabra R, la palabra S y la palabra H: racistas, sexistas y homofóbicos, y le mandó un memorándum al director de Duke recomendando que no se admitiera a integrante alguno de esa corrompida organización en los comités determinantes de la universidad. El director se negó. Los Académicos acusaron a Fish de tratar de ponerlos en la lista negra. En más de una universidad importante los Jóvenes Turcos andaban por ahí vestidos como la Generación X, con la pluma de tinta roja lista, olfateando a los desviacionistas... sexistas... racistas... clasistas (*sic*)... homófobos... etnófobos... Podría armarse un capítulo bastante truculento de un libro con relatos de Jóvenes Turcos dándose leves codazos y murmurando para apartar a los estudiantes de los cursos de los Necios, a tal punto que algún Necio termina sin estudiantes para el curso.

Ante semejante confianza y decisión de los Jóvenes Turcos

y tanta devoción de sus estudiantes y seguidores, ¿quién queda para apoyar a un estudiante que padece por *womyn* o cualquier otra manifestación de marxismo rococó?, ¿sus otros maestros?, ¿algún decano?, ¿el presidente de la universidad? El menos probable de todos, créanme, es el presidente.

Hace poco conocí a un estudiante que me dijo que estaba tomando un curso transdisciplinario titulado *Civilizaciones de América del Norte*. “Transdisciplinario” hoy es una palabra de moda en el mundo académico, no hay que confundirla con el viejo concepto (Necio) de “interdisciplinario”, que alude a la utilización de conceptos de dos o más disciplinas académicas convencionales para estudiar un tema en particular, como la utilización de conceptos de la sociología y la economía en la historiografía. No, “transdisciplinario” se refiere al cruce de todas las disciplinas, así como un 747 atraviesa el Polo Norte 12 mil kilómetros por encima de una capa impenetrable de nubes... rumbo a un destino único: el marxismo rococó. De modo que el maestro informa a su clase que si bien los estadounidenses pueden tener más dinero, posesiones, ventajas tecnológicas y comodidades que los mexicanos o los canadienses, en materia de “brechas sociales” –respecto a raza, género, clase, etnicidad y desequilibrios regionales– los estadounidenses son primitivos. En este tema –los elementos esenciales de la vida– hay que aprender en el regazo de los mexicanos y los canadienses.

¿Los canadienses?, ¿los mexicanos?, ¿es una broma?... ¿Qué no los franceses de la provincia de Quebec se molestaron tanto por la mayoría británica que casi se separan de Canadá apenas hace cinco años? Y hace apenas seis años, ¿qué no los indios de la provincia más al sur de México, Chiapas, se levantaron en rebelión armada? Y el género... cáspita... ¿no es un secreto a voces que las empresas extranjeras prefieren contratar mujeres en sus maquiladoras de México porque las mexicanas aprenden durante toda la vida a someterse a la autoridad masculina?, ¿o estoy soñando?

Encogiéndose de hombros: “Oye, no sé. Eso nos dijo”.

A estas alturas, cualquiera puede hacer eso, encogerse de hombros y dedicarse a lo suyo. Desde hace ya 82 años, los intelectuales de los Estados Unidos, puntualmente, como predijo Nietzsche, han manifestado su escepticismo sobre la vida estadounidense. Y, como dicen los franceses: “el escepticismo se endurece y se convierte en desprecio”. Como podría decir cualquier sociólogo Necio, en Estados Unidos sólo hay dos clases sociales que se perciben objetivamente: los que han ido a la universidad, es decir, han terminado una licenciatura de cuatro años, y los que no han ido. A estas fechas los que han ido han aprendido a encogerse de hombros y asentir a la “corrección política”, al marxismo rococó, porque saben que oponerse en voz alta es de mal gusto. Es una... transgresión de la etiqueta indispensable para parecer educados.

Mientras tanto, en las filas de las personas que se encuentran por debajo de esa línea claramente divisoria, la licenciatura, todos esos choferes de automóviles de lujo y personal de insta-

lación del servicio de televisión por cable que andan de crucero, hay muchos que dan voz a su oposición, de noche, fumando un cigarrillo, en el bar del barco Palais Doré... refunfuñando, quejándose, quejándose, refunfuñando... dudando todo el tiempo de su propio sentido común. No sorprende, pues, que encuesta tras encuesta los estadounidenses coloquen a principios del siglo II de los Estados Unidos, la Pax Americana en estado de... lo que sea...

Nos queda, por último, una pregunta: ¿exactamente qué quieren lograr los intelectuales con su acrobacia mental marxista rocó? ¿Quieren el cambio, cambio para todos los parapropietarios cuyos benefactores ideológicos se proclaman? Claro que no. El cambio real supondría un afán fastidioso. ¿Entonces qué quieren?

En el fondo es muy simple. Todo lo que quiere el intelectual, en el fondo de su corazón, es conservar lo que se le dio mágicamente en un momento fulgurante de hace un siglo. No pide más que permanecer indiferente, apartado, como dijo una vez Revel, de la plebe, los filisteos... “la clase media”.

¡Cuánto se hubiera divertido Nietzsche si sólo Dios no estuviera muerto! Hay que ver lo que hubiera significado para él poder pasar los últimos cien años –murió en 1900– reclinado en una nube *king-size* en el cielo, con los ángeles tocando cuartetos de arpa de Richard Strauss (había renunciado a Wagner), mientras miraba a las criaturas, debajo, que sólo él había tenido la inteligencia para anticipar... los hermanos bárbaros... los guerreros del mundo... las cuadrillas de demolición de la Verdad merodeando vestidos de niños... Un profeta, supongo, disfruta al ver cumplidas sus profecías, pero sospecho que Nietzsche se hubiera aburrido de cien años de... “el intelectual”... Casi puedo escuchar su voz exhortadora e increpante: ¡Cómo pueden ustedes, escritores y académicos, haberse conformado con una función tan fácil e indolente durante tanto tiempo! ¿Cómo pudieron escoger el esnobismo fácil en vez del trabajo difícil, interminable, el trabajo hercúleo de adquirir conocimiento? Creo que hubiera sacudido la cabeza ante las elaboradas teorías del conocimiento y la sexualidad. Creo que se hubiera fastidiado de ese obstinado escepticismo, cinismo, ironía y desdén, y hubiera dicho: ¿por qué no admiten (nadie tendría que enterarse, al fin y al cabo estoy muerto) que si hay que calificar a los países, en este momento de la historia sus “execrables” Estados Unidos son el micrómetro mismo para medir a los demás?

Y hubiera tenido razón.

Los marxistas del imperio soviético de Europa del Este tuvieron su Havel; los marxistas de la propia Unión Soviética su Solzenitzin; y los marxistas rocó de los Estados Unidos...

–“¡Chovinismo! –exclaman los intelectuales–, ¡patriotismo!”

...podrían aprovechar su ejemplo. Si esto es patriotismo, ¡hay que aprovecharlo al máximo! –

– Traducción de Rosamaría Núñez
© Harpers

J O S É C A R L O S C A T A Ñ O

Escribir es volver

Escribir es volver, volver
A la escritura donde
Quien vuelve muere
Y pasa inadvertido
Al mirar de otro
Que no mira, escribir
Es una espera que dibuja
Y borra por la noche la labor,
Deshaciendo la noche la labor
De bordar con letras pintadas
La noche, la escritura
Enhebra estrellas en el paño
Oscuro de un vestido que pasea
Encima de un puente o en la mirada
Que sigue la ida y vuelta de una cara
Indiferente,
Así somos el que regresa
Y el que espera esa vuelta,
El ser saqueado que a la orilla vuelve
Y la orilla ignota y saqueante,
Lo uno y lo otro,
Separados por el clavo de la conjunción,
Esto y aquello, el rostro que se apaga
Y lo que al fin nos dice y nos desliza
En el olvido,
Quebrando las costillas de la barca,
Las costillas del cielo y de la mente,
Definitivamente la ilusión
En el estallido final de la claridad. –